

## LUIS GONZALEZ O UN NUEVO ELOGIO A LA LOCURA

Lorenzo Meyer  
El Colegio de México

Nunca fui alumno de Luis González, ni tengo, como él, un origen pueblerino, -aunque viví mi adolescencia en un pueblo más pequeño y menos atractivo que San José de Gracia-. A diferencia de don Luis, nunca he escrito microhistoria y posiblemente no tenga oportunidad de aceptar su invitación para escribirla.<sup>(1)</sup> No obstante lo anterior, resulta que Luis González ha ejercido en mí, como en otros, una fuerte influencia intelectual, y ese es justamente el tema de estas líneas: cómo y porqué don Luis puede ser un modelo académico más allá del círculo de sus discípulos directos.

No recuerdo exactamente cuándo empecé a tratar a Luis González. En mi época de estudiante en El Colegio de México -de 1961 a 1967- me topé con él muchas veces en los corredores de la institución, pero entonces simplemente le veía, no le conocía. A la diferencia de edad y status de esos años -él era profesor y yo apenas estudiante--, hay que añadir que vivíamos en mundos contiguos pero distantes. El Colegio de México de entonces era aún pequeño, pero las distancias emocionales entre los integrantes de sus centros podían ser considerables: El Centro de Estudios Internacionales (CEI) se acababa de inaugurar, y sus profesores y estudiantes estábamos apenas en busca de una identidad. Parte de esa identidad consistió en marcar las diferencias con los más cercanos y más establecidos: los miembros del Centro de Estudios Históricos (CEH), es decir, con don Luis y los suyos.

A los estudiantes del recién creado CEI, El Colegio de México, o más exactamente, su presidente, Daniel Cosío Villegas, nos, me metió desde un principio en el aquí y ahora de los grandes temas. El interés dominante no era el pequeño mundo sino su opuesto. En esas

---

<sup>1</sup>.- *Invitación a la microhistoria*, (México: Sepsetentas, Núm. 72, 1973).

circunstancias, lo más pequeño que podíamos tratar era Centroamérica. En un sólo semestre veíamos toda Africa o el Asia del siglo XX. En realidad, la historia de México resultó ser nuestro punto débil; estábamos más familiarizados con los desarrollos de los Estados Unidos o la Unión Soviética, que con los nuestros. Se nos fomentó el gusto por lo actual y lo externo, no por lo pasado ni lo propio.

En 1967 me fui tres años a la Universidad de Chicago. Fue a mi retorno cuando realmente empecé a conocer a don Luis; primero a través de la lectura de su *Pueblo en vilo*, y luego directamente. Le fui descubriendo poco a poco, a lo largo de las numerosas y estimulantes discusiones en las comidas semanales organizadas por don Daniel Cosío Villegas, a las que me incorporé en 1973, creo. Pero pronto mi relación con don Luis no se limitó a esa reunión semanal, sino que se extendió a la vida cotidiana de El Colegio de México y, a veces, a su casa e inclusive a San José de Gracia. Particularmente ricas resultaron las conversaciones en El Colegio, en las tardes, en los pequeños paseos que juntos o en un grupo mayor hacíamos por los alrededores de la institución, en las calles de la colonia Roma. Fue ahí y entonces cuando Luis González se convirtió en un modelo. Él andaba rondando el medio siglo y yo había llegado a los treinta: edades, similitudes y diferencias vitales óptimas para recibir, comprender y asimilar el enorme conocimiento que don Luis tenía sobre México y otras cosas.

I.- De lo mucho que le aprendí entonces a don Luis González y González, voy a desarrollar cinco ideas o temas que me dejaron huella. Ya dije que mi primer encuentro sustantivo con su visión del mundo fue a través de la lectura de la obra que ahora conmemora su primer cuarto de siglo: *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. De ese libro, que me fue regalado cuando partí en 1972 a dar mi primer curso en el extranjero, saqué una idea clara: que las grandes obras sobre temas sociales no están necesariamente ligadas a lo que generalmente llamamos los grandes temas. Con la ayuda de *Pueblo en vilo* llegué a la conclusión -que a estas alturas resulta obvia- que de cualquier tema, por modesto que parezca a primera vista, puede salir una obra compleja, ¡una auténtica historia universal!. El contenido de una simple azucarera ha dado lugar a una reflexión histórica de dimensiones globales. En efecto, la historia del azúcar contiene todos los elementos de un gran drama: riqueza,

ambición, sufrimiento, dinero, geopolítica, lucha por el poder a escala global, descubrimientos técnicos, destrucción y construcción de civilizaciones y, finalmente, cambios profundos y permanentes a escala universal en las formas cotidianas de vida. Lo mismo puede ocurrir al contemplar con buen ojo histórico una máquina de coser. De la historia alrededor de ese modesto aparato, se pueden reconstruir magníficos episodios de luchas sociales o desarrollos económicos motivados por cambios tecnológicos. Y los ejemplos se pueden multiplicar. Tras la lectura de la historia de un pueblo de Michoacán, donde se encuentran elementos de prácticamente todos los temas que son relevantes para el científico social, me quedó perfectamente claro algo que ya empezaba a sospechar: que para el buen investigador -historiador, politólogo, sociólogo o lo que sea- no hay tema chico, y que todo resultará chico si falla el investigador. Con esfuerzo, dominio de la técnica y pasión -sobre todo pasión- por la disciplina y el objeto de estudio, no hay tema que, en buenas manos, no pueda dar pie a una contribución original e importante al conocimiento de nosotros mismos.

II.- La segunda idea guía o enseñanza de don Luis, la tomé de una plática de sobremesa, mientras caminábamos, sin prisa, por las cercanías de El Colegio de México, por la calle de Orizaba. A una pregunta sobre la naturaleza última o íntima de ese Colegio de México en el que ambos nos habíamos educado y trabajábamos, y de las instituciones de investigación similares, don Luis me dio una respuesta breve y sustantiva, aunque aún hoy no estoy seguro de haberla entendido cabalmente. Palabras más o menos, dijo: “Mire usted, hace algunos siglos, las personas que por andar reflexionando o leyendo lo que no era costumbre, y se apartaban un tanto de las formas de actuar y, sobre todo, de pensar de la mayoría, corrían el peligro de morir en la hoguera. Con el paso del tiempo, las cosas mejoraron para aquellos que les daba por cuestionar lo que es, en función de lo que pudo o podría ser; simplemente se les metía en manicomios. En esta época somos realmente afortunados: ni hoguera ni manicomio, tenemos El Colegio de México y todas las instituciones que se le asemejan. Así pues, nuestro Colegio es un sitio para personas un tanto locas pero creativas, útiles”. Desde luego que don Luis tenía razón, uno de los grandes triunfos de la civilización es la tolerancia y, sobre todo, el fomento de lo que, a primera vista, no redundaría en ganancia

inmediata, en utilidad medida en pesos y centavos. Las personas con vocación por lo no práctico, sino por las meras ideas -las que proponiéndoselo o no, ponen en duda lo establecido en función de lo que no es pero puede ser-, no tienen porque terminar en la hoguera, marginadas o forzadas a cambiar. A la larga, el progreso social sólo es posible con el concurso de esas personas. La actividad académica tiende a devolver con creces los recursos que la sociedad gastó en fomentar la creatividad de “los picados por la araña” -para usar un término de don Luis-.

Y sólo la acción de esa peculiar araña puede explicar que alguien se pase lo mejor de la vida en los archivos, mientras allá afuera todo parece tan luminoso; que se quede metido en la biblioteca, sentado en el escritorio escribiendo horas, días, años, toda una vida, en vez de salir a buscar el poder o hacer dinero; es realmente de locos. Y hacer todo eso sabiendo de antemano que, a final de cuentas, todas esas obras, cualquiera, incluso *Pueblo en vilo*, surgieron para ser superadas... para que alguien venga, las use... y las sobrepase. Esto puede tardar, pero inevitablemente sucederá.

En realidad, ni El Colegio de México de entonces ni el de ahora, ni los colegios que después se formaron, ni ninguna institución académica de aquí o de cualquier otra parte, está compuesta exclusivamente por los *picados por la araña*. En esas instituciones hay muchos que realmente no pertenecen a la comunidad de los *locos creativos* a los que se refirió Luis González. En efecto, en esas instituciones hay y habrá, un buen número de personas con los pies bien plantados en la realidad y que, parafraseando a Max Weber, viven de la academia y no para la academia. Pero no importa, mientras haya la masa crítica de *locos creativos*, las universidades y las otras instituciones de enseñanza e investigación, podrán seguir desempeñando su papel de lugares dedicados a lo que Barrington Moore definiera como *la búsqueda desinteresada de la verdad y la belleza*.

III.- La forma como un hombre de ideas, aparentemente poco práctico, se puede transformar, por fidelidad a y sin traicionar a su vocación original, en un hombre de acción, constituye la tercera gran lección que me dio Luis González y González. Con su aventura para construir en Zamora El Colegio de Michoacán -una empresa que, al

principio, parecía tan poco probable como que tuviera éxito una historia universal de San José de Gracia- Luis González dejó su territorio natural, -el cubículo y la biblioteca-, para crear en una tierra de comerciantes, un sitio para que pudieran prosperar los *locos creativos*, para dar forma a otro nido de la araña.

Don Luis, un loco terriblemente cuerdo, y a la manera de don Alonso Quijano pero con mejor suerte, se lanzó a luchar, de lleno, en el brutal mundo de los cuerdos. Tuvo que tratar con los *realistas* del Supremo Gobierno, para sacarle a su burocracia los recursos necesarios para dar vida a lo que yo, y muchos otros, pensamos que era un imposible: El Colegio de Michoacán, el San José de Gracia de la cultura. Tuvo que pasar muchos malos ratos, hacer mil viajes de Michoacán al corazón del centralismo autoritario de México, pero a fin de cuentas logró lo que se propuso. Ganó.

IV.- La cuarta lección me la dio don Luis cuando le invité -dudé que aceptara- a dar el curso de historia de México en una maestría de estudios políticos en el CEI. En esa época tenía yo la idea de que había que presionar al máximo a los estudiantes y depurar sistemáticamente a los grupos por la vía de las calificaciones. Al término del semestre, uno de esos estudiantes -por lo demás un joven simpático- logró acumular tres calificaciones por debajo del promedio exigido, pero a ellas unió una sobresaliente, lo que impidió que fuera dado de baja. La calificación alta -la que desentonaba del conjunto- se la había dado precisamente don Luis. Como me pareció difícil que el trabajo de ese alumno en el curso de historia de México se hubiera realmente salido de la mediocridad que había caracterizado el resto de su desempeño académico, pregunté al responsable del curso si tenía alguna evidencia de que el alumno en cuestión fuera realmente excelente y que el resto de los profesores no hubiéramos descubierto sus virtudes. Don Luis me respondió que no, que no era buen alumno, y que estaba claro que su interés no pasaba por la historia o por cualquiera de las otras disciplinas sociales. “¿Entonces, de dónde sale esa alta calificación que usted le dio?”, pregunté. Sin inmutarse, el profesor que cuando estudiante fue conocido como un alumno *machetero*, me respondió: “Mire, a estas alturas ya no es necesario humillar a alumnos que son adultos con una nota de reprobado o siquiera mala. A fin de cuentas, si se busca, se encuentra algo bueno

en cada uno de ellos. No tenemos porque ser nosotros quienes le reprobemos, la vida lo hará, se lo aseguro. Despreocúpese, él se va a ir sin que lo corramos”. En el Colegio en que yo me formé, en el de don Daniel Cosío Villegas, no se asumía que la vida era la encargada de apartar el grano de la paja. Don Daniel se impuso, y con gusto, el papel que Luis González creía que debería corresponder a la vida... y una falla don Daniel no se la perdonaba a nadie, ni a estudiantes ni a profesores... ni a presidentes. Sin embargo, debo concluir que don Luis tuvo razón, el estudiante en cuestión no volvió. Hoy lo pienso dos veces antes de herir la autoestima de un joven con una nota baja. La rudeza innecesaria es tan reprochable en el deporte como en la vida académica... y en todas partes.

V.- El quinto tema lo he guardado para cerrar con lo que abrí estas líneas: con una consideración sobre *Pueblo en vilo*. En esa obra, el tema y el estilo funcionan como profunda muestra de independencia, de seguridad en lo propio.

Ya se ha dicho que el estilo aún más que el tema de la *Historia universal de San José de Gracia*, rompió moldes. El estilo de don Luis me sorprendió muchísimo, ya fuese en sus escritos, en sus conferencias o en su conversación cotidiana. El uso del lenguaje no culto para abordar temas académicos y hacerlo apoyado en una sólida cultura universal, lo considero una forma muy original de actuar con independencia frente a un medio dominado por modelos externos. Don Luis, sabiéndose en total dominio sobre su materia, se dio el gran lujo de vestir su obra no con la seda del estilo académico dominante, sino con la manta del lenguaje común, lo que hizo resaltar aún más el contenido. Fue un resultado realmente espectacular.

La independencia y seguridad de don Luis en *Pueblo en vilo* y en todo lo que vino después, fue, y sigue siendo, lo que constituye para mí su lección más profunda. Y aquí viene al cuento otra de las opiniones-lecciones de Luis González. Hablando sobre otro colega, afirmó: “A las personas se les puede dividir en tres: unas que parecen nacidos y creados para obedecer -que en México son la mayoría-, otras que creen que nacieron para mandar. Finalmente, estamos los que no nacimos ni para obedecer ni para mandar, los independientes”. El tomar la historia de San José de Gracia para elaborar su obra de madurez, y hacerlo usando un estilo no académico pero sin que por ello se perdiera para nada la

complejidad del tema, nos resultó a muchos una verdadera novedad. Yo venía de una formación que seguía casi a pie juntillas contenidos y temas elaborados en las universidades extranjeras. Mis modelos eran los de las ciencias sociales de los países donde se hacían las innovaciones, donde estaba la originalidad. Hasta toparme con la obra de Luis González, prácticamente no había visto en nuestro medio una originalidad e independencia que me llamara tanto la atención. La inseguridad propia de alguien como yo, cuyos modelos eran sistemáticamente externos, disminuyó -aunque no desapareció- al entrar en contacto con la forma de hacer historia de Luis González. La idea de que en México se podía hacer algo original y de buena calidad, tuvo ya un referente concreto.

Una golondrina no hace verano. Hoy en economía, en sociología, en ciencia política e incluso en historia, en buena medida seguimos teniendo como modelos las formas y contenidos que nos llegan de Europa y Estados Unidos. Básicamente, seguimos viéndonos y entendiéndonos a través de los instrumentos que se diseñaron en y para otros contextos. Claro que para ser auténticamente independientes, debemos conocer y dominar antes las aportaciones originales que en nuestros respectivos campos se han hecho y se hacen fuera del país -don Luis maneja muy bien la teoría histórica europea y norteamericana, y en su obra y enorme biblioteca están las pruebas.

La independencia es, pues, un componente indispensable de la autoestima. Y sólo teniendo confianza en nuestras propias capacidades podremos abandonar esa especie de servilismo hacia lo externo que por tanto tiempo ha caracterizado a la ciencia social mexicana. El ser parte de un mundo periférico, subdesarrollado, no debe hacernos renunciar de antemano a la independencia, a la originalidad, después de todo por un tiempo, al concluir la Revolución, el mundo intelectual mexicano se enorgulleció de su originalidad. Las traducciones de *Pueblo en vilo* a otros idiomas, la forma como se ha recibido la obra en Estados Unidos y Europa, nos muestran que siendo fieles a sí mismos, algunos mexicanos pueden volver a ser, en el ámbito de la creación intelectual, tan buenos como los que más, pero para ello hay que añadir a la inteligencia, la disciplina y la pasión, la confianza que da el no pretender imponer la voluntad propia a nadie pero tampoco aceptar la imposición de nadie. Creo que en el fondo de la tranquilidad y fortaleza que ha mostrado don Luis en el terreno académico y en muchos otros, está el orgullo en el valor del trabajo propio.